

LO EXOTICO

¿De dónde le llegan al hombre las llamadas más inquietantes, las voces más seductoras? De lejos, de más lejos todavía, cuanto más lejos mejor. Es la clave de ese poder que nombramos exotismo, tan determinante en literatura y en las otras artes. Un lector español se conmueve mucho con la historia de los Buendía allá en Macondo. Si las mismas cosas pasaran en Barbastro, el lector español se conmovería también porque «Cien años de soledad» es una excelente novela, pero sospecho que un poco menos (lo de conmoverse). Por esto mismo hay casas de adobe en plena Castilla con vistas de Pekín en el empapelado de sus paredes. Y es razonable sospechar la impresión de un pescador chino contemplando una vista de Miranda de Ebro. Sólo en las ocasiones de mala fortuna colectiva nos replegamos hacia nosotros mismos, quedándonos en la cercanía y el detalle. Entonces viene, por ejemplo, el «noventa y ocho» -no el modernismo de princesas tristes-, Turégano, Zaragoza, Lérida, Zamarramala... O la poesía social de nuestra posguerra, no las estatuas frías y lueños de Venecia.

Acabo de pasar junto a la escuela nacional de Tinajo, en Lanzarote. Los chicos de Tinajo no tienen a su alrededor más que unos pocos kilómetros de tierra ardida y ardiente, con pequeñas zonas donde el ingenio cultivador hace milagros, también pequeños. En seguida el mar, que es grande pero a su manera. Lo verdaderamente grande donde poner el pie no está sino en el mapa, que es como decir en la imaginación, y por menos de nada en la fantasía. De la Geografía gustan a los chicos de Tinajo las tierras anchas e inmensas. De la Historia, Napoleón, por las leguas y leguas que hacía con sus cañones. Más tarde doy una propina a José, un rapacín que anda con su padre camellero en lo de arrear turistas a la Montaña del Fuego, y José me dice que le gustaría gastarla, más que nada, en subirse a un tren.

Lo comprendo muy bien, porque yo mismo ando recreándome en cuanto resulta más extraño a mi costumbre peninsular. Lo malo es que en seguida me recoge un avión pequeño, versátil, como si fuese broma este negocio de ir botando cual pelota de isla en isla, y ya me posan en la ciudad que se llama Las Palmas, con sus semáforos indispensables -la gasolina cuesta alrededor del duro-, y allí está el paisaje urbano que hace unos años pudo sernos exótico y ahora es lo más normal del mundo: los rótulos plagados de consonantes impronunciables, miles de hombres y mujeres tostándose,

fotografiándose, filmándose, aplacando la sed, lectores o portadores del «Daily Mirror», del « Bild Zeitung» ...

Yo cumplo el viejo rito, la arraigada querencia. Tengo en las manos el periódico local y siento que la vida de la ciudad alienta al paso de las hojas frescas de tinta reciente. «Lo primero, el puerto», dice un diario de Gran Canaria o de Tenerife, tanto da. Es una bonita rúbrica, en una provincia cuyos ojos y manos no cuentan con más mirada ni con otro tacto que los caminos del agua. Bueno, ahora, el aeropuerto también. Luego, lo de siempre. Los que triunfan, los que mueren, lo que pasa, lo que puede pasar. Hay, naturalmente, páginas colmadas de sugerencias para la diversión. Y ese matiz actual e inevitable de lo «erotissimo»: en la cartelera de los cines, donde la crema para afeitarse, anunciando las gaseosas.

Cuando ya iba a terminar mi hojeo, unas mayúsculas no demasiado grandes, pero llamativas como todo lo que se nos muestra sin desnudarse del todo, encabezaban un aviso que a mí me pareció insólito, turbador: «Mañana, jueves carnal". Podía precipitarme a buscar la clave en la letra menuda. Me demoré. Es bueno hacer cábalas, forzar de vez en cuando la imaginación.

Al fin supe que el «jueves carnal» de Gran Canaria es algo que rima con el amor -no; escribamos Amor-. Pero de la alta y pura y un poco exótica manera que verá el curioso lector cuando vuelva a encontrarme en este recuadro.

Antonio PEREIRA